

cierra. Es un orador, y en su oratoria más brilla la luz filosófica que el fuego tribunicio. Es un sacerdote que predica la gracia y que se distingue por la caridad y la grandeza de sus actos, que reza y obra. La lógica de sus argumentos no daña la síntesis de su sistema; ni la fuerza del raciocinio la elocuencia de sus discursos. Encuentra frente á sí menos resistencia, y por lo mismo, la combate con menor empuje revolucionario que los demás innovadores. Se ve que su alma individual es parte del alma de una gran democracia; que su educación íntima ha dimanado de las dos escuelas que pueden ofrecer la naturaleza y la sociedad, del campo y de la República. Su obra es religiosa y política á un mismo tiempo. Predica los méritos de Cristo y eleva el derecho de cada cristiano; arranca de su corazón la antigua fé teocrática, con la misma pujanza con que arrancan de la tierra las tradiciones feudales; habla de la santa Cena como de una comunión religiosa y como de una comunión democrática; siembra, con el odio á la tiranía espiritual, el odio á las aristocracias reaccionarias, y con la revolución en contra del cosmopolitismo romano, el culto á la patria helvética; reforma los entendimientos y reforma las costumbres; pide que los sacerdotes dejen de llevar las almas al sacrificio ante las aras de una autoridad indiscutible, y que los suizos dejen de llevar la sangre de sus más caros naturales al ejército de los despiadados déspotas, para que no se convierta la cima de la naturaleza humana en pedestal de la tiranía monárquica; es, en verdad, su doctrina, una religión y una República, el alma inmortal de Suiza, regenerada por este arquero de las ideas, por este soldado de la lógica, por este Guillermo Tell del espíritu que alza sobre la nación material otra más alta y más duradera que los altos eternos Alpes, la nación ideal de la conciencia. Y, donde quiera que aparece una grande aspiración social, es al punto impulsada ó seguida por una grande aspiración religiosa. La alegre Ginebra, que debía fundar la nueva moral del mundo democrático moderno, para no caer en las garras del águila de Saboya, su vecina codiciosa y rapaz, necesitaba de una religión severa, austerísima, que renovara la sociedad con sus dogmas, que sometiese á un yugo saludable los caracteres con su disciplina, que tocara de un lado á las altas cimas teológicas, y del otro lado á las profundas escabrosidades políticas; y encontró todo esto en estóico joven, francés por su origen, alemán por su pensamiento, grandioso escritor como cuadraba con una ciudad literaria, teólogo de la escuela de San Pablo y de San Agustín, jurisconsulto que unia á las más abstrusas concepciones de la metafísica la noción más clara del derecho. Muy diversamente ha sido juzgado el gran hombre; hasta de fatalista le tacha estrecha crítica, que se pierde en las minuciosidades, y no acierta á ver el conjunto de las grandes obras humanas; pero cuando se recuerda que, teólogo y magistrado, dió á la nueva idea disciplina democrática, y á la sociedad nuevo carácter civil y republicano; que, merced á esto creó partido poderoso en la misma Inglaterra, contra la tendencia autoritaria y la jerarquía aristocrática del protestantismo inglés; que, acosado este partido por los sacerdotes y por los Reyes, salió de sus combatidos

hogares, de su ingrata patria, se derramó por Suiza y por Holanda, con la palabra de la nueva fe en los labios y el sentimiento y la idea en el corazón y en la conciencia, dispuesto á ofrecer siempre por sus dogmas el holocausto de la vida; que una fracción muy considerable de este partido se embarcó en la *Flor de Mayo* y se dió al mar, á la manera que Moisés al desierto, y atravesó la inmensidad con el libro, la Biblia, en las manos, y la igualdad cristiana en el pecho: que allá, en el Nuevo Mundo, en la tierra sin mancha, fundó el templo de la conciencia perseguida y el gobierno de la democracia despreciada; la libertad y la República, que son el timbre de honor de América y la esperanza de Europa; cuando se recuerda toda esta gran epopeya del progreso humano, se olvidan todos los defectos de Calvino, todas las inconsecuencias que pudo cometer contra el principio mismo de la emancipación religiosa, y se le descubre allá en las altas eminencias de la Historia entre los redentores de la humanidad, bañado por la luz inmortal de las humanas y grandiosas ideas. Por esta larga excursión al través de los tiempos, venimos en conocimiento de la verdad de nuestra tesis: cada pueblo, cada raza, cada nación; crea ó acepta el ideal religioso más en armonía con sus tendencias políticas y sociales. Pues la Reforma es la religión necesaria, la religión nacional de la raza germánica. El carácter interior, íntimo de esta raza es la independencia individual; y el carácter histórico es el odio á Roma. Las oscuras selvas de Germania, cuyo aire estaba cargado de rumores siniestros, y cuyo suelo, de fuegos fatuos, engendraba los primeros invasores, que muertos en los campos pútridos, llegaron á envenenar con los miasmas de sus cadáveres y de sus despojos los cielos de Italia. El primer héroe de la raza es aquel Arminio, que sujetó en sus trampas y lazos de cazador las legiones de Varo, destruidas hasta el aniquilamiento por las selvas de Teutuburgo, y lloradas hasta la desesperación en el palacio de Augusto. La lengua latina se dibujaba en los labios del joven bárbaro; el anillo de caballero romano brillaba en sus dedos; acaso no tenía ni el sentimiento de patria en su pecho, pero afiló su espada en las piedras de las aras de sus dioses, la esgrimió contra Roma, y el mundo germánico, por cuyas discordias fué inmolido á los treinta y cinco años de edad, le cuenta entre sus fundadores y sus héroes. Si otra razón los alemanes no tuvieran para esta apoteosis, tendrían la razón del largo tormento infligido por Roma á la familia de Arminio, el recuerdo de la mujer que él robara para su lecho, cautiva y expatriada, el recuerdo del hijo que él engendrara para continuar el lustre de su nombre, nacido en el destierro, y arrojado á la cloaca de Rávena, para ser contado entre los gladiadores que divertían con sus combates, sus heridas, su agonía y su muerte el oficio de los romanos. Cuatro siglos duró el combate de Germania con Roma, los cuatro siglos primeros de nuestra Historia. Tácito no veía más esperanza para la Ciudad Eterna amenazada que las discordias de sus crueles enemigos. Pero las vallas del Rhin, del Danubio, se rompieron, las discordias cesaron, y la raza germánica sació su odio en las ruinas de Roma. Hasta los muertos se despertaron en las cenizas del Foro, según las tradi-



ciones romanas, y subieron, aunque paganos, á luchar desde las nubes, en compañía de los santos cristianos, contra los enemigos de Roma. Pero eran estos los ángeles exterminadores del Apocalipsis, y aventaron con sus lanzas, más largas que cometas, á los cuatro vientos las cenizas de la ciudad, madre de las ciudades latinas. Atila, que en nuestras crónicas es el azote de Dios; porque ha destruido el imperio romano y ha espoleado á las razas bárbaras para que lo enterraran, es en el poema nacional de Alemania, en los Nibelungen, el Rey épico á quien gusta más la sangre romana que el vino, pues el odio á Roma es el sentimiento nacional de Alemania.

Pero ¡oh prestigiosa ciudad! Rota, vencida, muerta; sin sus legiones en la tierra, sin sus dioses en el cielo; pulverizados sus muros; derruidos sus templos, todavía se rejuvenece y se trasforma: pone en el vacío trono de los Césares sus Pontífices; sustituye los ejércitos de héroes con ejércitos de penitentes; á las tablas del derecho olvidado reemplaza las oraciones de sus doctores bendecidos y santificados; y por medio de nuevos dogmas, asimilados de Grecia, de Alejandría, de África, de Asia, pretende primero y establece después su dominio como jamás lo había tenido en la antigüedad, el dominio sobre las almas. Los alemanes recibirán el agua del bautismo en su frente; el monasterio en sus ciudades; la cruz en sus encrucijadas y en sus selvas; los obispos en sus provincias; el latín en sus escuelas; y un germano, un descendiente de Genserico y de Alarico, Carlomagno, sostendrá el dogma del predominio de los Pontífices, que significa el predominio de Roma, é irá de rodillas á recibir sobre las ruinas de la gran ciudad, en la frente, unguida por el óleo católico, la antigua esplendente corona del romano imperio. Contra este dominio espiritual, que abraza el arte y la ciencia, la vida y la muerte, no podrá nada todo el mundo germánico, ni la espada de Arminio, ni el recuerdo del sombrío y victorioso Odino, ni el grueso martillo del Thor, ni los sacerdotes reunidos en las cavernas abandonadas por los lobos, ni las laderas de la mágica montaña de Harz, preñadas de dogmas sanguinarios, ni las orgías de las cimas de Broken, donde acuden por las noches de primavera las reinas de los brujos con sus mantos parecidos á las oscuras alas del murciélago; ni los incansables cazadores que van en vertiginosa carrera, sonando eternamente los roncros cuernos de caza; ni los dioses que en el viento gimen y en las tinieblas vagan; ni toda la mitología nebulosa que se desvanece á los rayos del nuevo sol espiritual, naciente entre los altares de Roma. En toda la Edad Media, el Imperio alemán luchó contra Roma, luchó poderosamente, pero sin elevarse al cielo, de donde bajaba la luz y el aire de la vida, al cielo del espíritu. Allí, sólo allí, en la región apartada y elevadísima de las ideas cabía el combate y estaba el premio de la victoria. Para derribar la Roma moderna se necesitaba derribar antes sus dogmas. Y para derribar el dogma de la universalidad latina, imposible encontrar otra antítesis tan radical y profunda como el dogma de la individualidad germánica. En la sociedad como en la naturaleza, deben concretarse los dos princi-





Int. Felipe C. Rojas Madrid.

LUTERO